

Problemas y dificultades en la transmisión de la fe

Este artículo es fruto de una de mis conferencias a matrimonios, en Vigo, sobre las dificultades y problemas que se le plantean hoy a la transmisión de la fe. Antes de abordar tales dificultades el autor se detiene en la necesidad de confesar la fe. Tal necesidad brota de la propia naturaleza de la fe. Y debe tener en cuenta el mundo al que se dirige. Y comprenderle. Pues para llevar a un hombre a una definida posición es preciso antes fatigarse por encontrarle donde está y empezar ahí. Si logramos hacer esto tal vez podamos tener la suerte de conducirlo al lugar en el que estamos nosotros.

Martín Gelabert*

NO es fácil hoy hablar de Dios. No es fácil transmitir la fe. Lo cierto es que nunca lo ha sido. Pero hoy, además de las dificultades propias e intrínsecas a la propia transmisión de la fe, parece

* Dominico. Decano de la Facultad de Teología de Valencia.

que hay que añadir una serie de dificultades que provienen del ambiente en el que nos movemos, hasta el punto de que podemos hablar de una incapacidad cultural para creer. De este ambiente participamos todos y participan, más que nadie, las jóvenes generaciones. Y sin embargo, el evangelio sigue estando ahí, como una llamada permanente a todo ser humano. Y permanece la obligación de confesar y transmitir la fe por parte de los creyentes. Dada la situación ambiental, esta obligación se hace más urgente, más viva si cabe. De ahí que me parece importante comenzar recordando de dónde brota esta obligación, pues el testimonio no está suscitado únicamente por razones externas, no se debe únicamente a la presencia de los otros que no tienen fe y nos interpelan; el testimonio creyente está ante todo suscitado por el mensaje mismo que el creyente ha recibido. Nace de la esencia misma de la fe, de forma que todo creyente, de por sí, es un testigo, y si no da testimonio eso sólo puede significar que no es verdaderamente creyente. Quien no confiesa la fe en realidad no cree. Sólo cuando esto haya quedado claro pasaremos a analizar algunas de las dificultades que se le plantean hoy a la transmisión de la fe.

Crear es confesar la fe

LA fe no nace por generación espontánea, ni aparece como caída de lo alto. Para que nazca se requiere la predicación, el anuncio. Ciertamente que no basta con la predicación, porque «no todos responden a la buena noticia» (Rm 10, 16), pero sin ella no hay fe. La predicación, el anuncio, es condición necesaria, aunque no suficiente, para que nazca la fe.

De ahí la necesidad que siempre han sentido los creyentes de confesar la fe. El creyente siempre es un testigo de la fe. Una fe que permanece un asunto privado, sin manifestarse al exterior, no es más que una incredulidad escondida, una falsa fe, una superstición. Y eso, ¿por qué? ¿No podría darse una fe privada? ¿No es en definitiva la fe religiosa un asunto personal que sólo concierne a uno mismo?

Tratemos de explicar esta necesidad de expresión pública de la fe. Tenemos, ante todo, el último mandato del Señor: «Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación» (Mc 16, 15; cf. Mt 28, 19); así como la promesa inherente a este mandato: «todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos» (Mt 10, 32; Lc 12, 8). Pablo también se refiere a la necesidad

de que «toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor» (Flp 2, 11), y por ello alaba «cuán hermosos son los pies de los que anuncian la buena noticia» (Rm 10, 15), y recuerda la recompensa que espera al testigo: «Si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo. Pues con el corazón se cree para conseguir la justicia, y con la boca se confiesa para conseguir la salvación» (Rm 10, 9-10).

Nótese que en esta necesidad de confesar la fe hay algo más que la respuesta a un mandato, pues al mandato le es inherente una promesa de salvación. La confesión, por tanto, es intrínseca a la fe y brota de ella como su fruto necesario, de modo que la falta de confesión es pura y simplemente falta de fe. Otras dos reflexiones nos ayudarán a profundizar en esta relación indisoluble.

El testimonio es la prueba que la Iglesia y cada creyente se dan de que poseen a Dios. Si el creyente puede iluminar es porque la luz (la luz verdadera que ilumina a todo hombre) está en él y se refleja en él. La primera carta de Juan proclama: «Quien confiese que Jesús es el hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios» (4, 15). Toda proclamación de Jesús como Señor, al ser obra del Espíritu Santo (1 Co 12, 3), es necesariamente manifestación de que Dios está en quien tal afirmación realiza. Y si Dios está allí, no puede menos que darse a conocer, pues Dios desea siempre darse a conocer, porque Dios es amor, amor desbordante y gratuito que sólo busca el bien del hombre y que intenta, por todos los medios, que el hombre le conozca.

Por último, el testimonio es el camino que conduce a la Iglesia a Dios. Para iluminar esta reflexión podemos aducir una conocida exclamación de Pablo: «¡Ay de mí si no predicara el evangelio!» (1 Co 9, 16) Es menos conocida la razón de por qué Pablo se siente impelido a predicar el evangelio: «Para ser partícipe del mismo» (1 Co 9, 23). En la medida en que doy testimonio, participo yo también del evangelio; en la medida en que conduzco a otros a Dios, me conduzco a mí también. Sólo se conoce a Dios en la medida en que se le da a conocer. Los otros son necesarios para mi propio encuentro con Dios.

El testimonio como respuesta a un mandato del Señor. El testimonio como prueba de que poseemos a Dios. Y el testimonio como camino que nos conduce a Dios. En el testimonio están en juego importantísimos intereses. Se comprende entonces que el testimonio de la fe se distingue de la transmisión de una doctrina, pues la fe es una manera de existir que cambia el corazón del hombre, mientras que la doctrina supone una convicción más o menos fervorosa. El testimonio de fe es algo más, mucho más, que una transmisión de contenidos o de conocimientos. Es ante todo un testimonio de

vida, un poder contar cómo Dios ha cambiado mi vida. Por eso, el pregonero de la fe es un testigo, y quien transmite una doctrina es un profesor. En la enseñanza puede prescindirse de toda relación personal y de todo compromiso del que enseña con lo enseñado. Por el contrario, el pregonero de la fe se siente comprometido con lo que trasmite, pues pretende desvelar realidades decisivas que cuestionan la existencia del oyente y la suya propia, realidades de las que el predicador no es el creador, sino alguien que las ha descubierto y, por eso, es su testigo. Realidades que le superan, pero que le abren a un porvenir. El predicador anuncia siempre una realidad que ha cambiado su vida y así, en última instancia, cuenta su propia historia de salvación.

No hay fe sin testimonio. Si la fe cambia la vida, la fe debe ser necesariamente algo que se nota y que uno no puede menos que anunciar. Todo creyente, en cualquier gesto que haga, incluso con su sola presencia, se expone a que le digan: ¿No eres tú también de los discípulos de ese Hombre? (Jn 18, 25). En definitiva, la fe, como la alegría, es contagiosa y no puede contenerse. Quien ha descubierto que en Dios está el sentido de su vida y su más profunda felicidad desea que todos compartan su descubrimiento, y no puede menos que proclamarlo.

Testimonio tolerante

TRAS lo que acabamos de decir quizás alguno piense que el testimonio de la fe es por necesidad apasionado: «Nosotros no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído» (Hch 4, 20). Y sin duda tiene razón, con tal de entender bien la palabra pasión. Pasión significa que yo estoy convencido de que lo que digo es muy importante para mí y para quien me escucha, pues lo que está en juego es ni más ni menos que la vida y la salvación. Pero la pasión, al menos la pasión del testigo de la fe, no tiene nada que ver con la intolerancia y el fanatismo. La intolerancia contradice el mensaje mismo de la fe e impide su pretensión profunda. Su mensaje es un mensaje de amor y, en consecuencia, sólo puede ser aceptado libremente. La imposición corrompe el contenido de la fe. El acto de fe es voluntario por su propia naturaleza, pues la fe anuncia que Dios pretende entablar una relación de amor con el hombre, y una exigencia nata de la amistad es la no imposición, y, por tanto, el poder ser rechazada. El amor es un abandono recíproco y el deseo amoroso es enemigo de toda violencia. El amor sólo se impone por medio del amor. Por eso, Dios se manifiesta siempre por medio de signos no impositivos, respetando siempre la libertad.

Cabe recordar aquí el episodio del joven rico: Jesús, a pesar del amor que le tenía, no hace nada para retenerlo.

Al creyente se le exige un permanente testimonio, un testimonio seguro, convencido y convincente. Pero se le advierte también sobre el modo de este testimonio. El creyente está siempre dispuesto a dar razón de su esperanza a todo el que pide una explicación, pero ino de forma triunfalista!, sino «con buenos modos y respeto» (1 Pe 3, 15-16). Pues el creyente sigue las huellas de Cristo: cuando le insultaban no devolvía el insulto; mientras padecía no profería amenazas (1 Pe 2, 21-24). Tampoco el creyente devuelve mal por mal ni insulto por insulto; al contrario, responde con una bendición (1 Pe 3, 9). Y si tiene que proclamar el mensaje, insistiendo a tiempo y a destiempo (2 Tim 4, 2), no puede hacerlo de cualquier modo, sino con toda comprensión y pedagogía, sin perder nunca el control, soportando lo adverso (2 Tim 4, 3-5). Estos textos, entre otros, pueden considerarse programáticos de la insustituible y exigente tarea que todo cristiano debe realizar.

Tras los textos escriturísticos, recordemos uno eclesial, también programático. Al comienzo de su pontificado, Pablo VI quiso dar el nombre de diálogo al impulso evangelizador. «El diálogo debe caracterizar nuestro ministerio apostólico», decía. Y añadía: «El diálogo de la salvación no obligó físicamente a nadie a aceptarlo; fue una formidable demanda de amor, la cual, si bien constituía una tremenda responsabilidad en aquellos a quienes fue dirigida (cf Mt 11, 21), los dejó, sin embargo, libres para corresponder a ella o para rehusarla... Así nuestra misión, aunque es anuncio de verdad indiscutible y de salvación necesaria, no se presentará armada con la coacción exterior, sino que solamente por las vías legítimas de la educación humana, de la persuasión interior, de la conversación común, ofrecerá su don de salvación, respetando siempre la libertad» (*Ecclesiam suam*).

En resumen: todo creyente es portador de un mensaje, es testigo de Cristo. Anuncia que su vida ha sido transformada. Pero la manera de su testimonio está en consonancia con el mensaje que proclama, y lo que proclama es un mensaje de amor. Por eso podemos concluir este punto diciendo que el testimonio cristiano es firme en su fragilidad, pues el amor es lo más frágil, pero también es lo más poderoso.

Dificultades externas del testimonio

TRAS haber visto la necesidad de la transmisión de la fe, así como la manera de esta transmisión, es bueno que

nos detengamos en las dificultades que hoy se le plantean a nuestro testimonio. Me parece que hay tres tipos de factores que hacen hoy problemática la educación en la fe: unos son de tipo externo (parecería que la cultura moderna ha cegado la fuente de la experiencia religiosa, los preámbulos teóricos, prácticos o existenciales de la vida cristiana), otros de tipo interno (en cierto modo son problemas de siempre, aunque hoy adquieran connotaciones nuevas) y, en relación con estos problemas de tipo interno, se da también un tipo de factores que podríamos calificar de eclesiales. Voy a detenerme en los dos primeros tipos de factores, pues entiendo que son menos conocidos y quizás más problemáticos objetivamente.

Comencemos por los factores que hemos denominado externos. Todos ellos se resumen y confluyen en lo que podríamos llamar pérdida de las estructuras sociales de credibilidad de la fe en Dios en nuestro mundo occidental secularizado. Esto significa que, en esta sociedad, a las convicciones personales de los creyentes les falta confirmación exterior. La interioridad de la persona humana no está ya estimulada por el ambiente en el que se mueve. Si esta falta de estructuras de credibilidad influyen en el creyente, todavía influyen mucho más en el no creyente.

No hay que olvidar que el ambiente en el que nacemos, crecemos, vivimos y nos movemos, tiene una influencia decisiva en la conformación de nuestro yo interior. Las estructuras más profundas y más secretas de nuestra personalidad son sociales. De cara al no creyente, eso significa una seria dificultad para comprender la necesidad de Dios en su vida o en la vida de los demás. Y de cara al creyente, pues cuando las convicciones personales y las convicciones sociales son distintas, más aún, son hasta opuestas, se produce en la persona una especie de tensión, un dualismo, una lucha. Hay que hacerse entonces violencia para mantener con firmeza la fe en Dios o para aceptarla. ¿No cabría interpretar en este sentido esta palabra de Jesús: El reino de Dios exige violencia y sólo los violentos lo conquistan (Mt 11, 12). El reino de los cielos se establece con fuerza a despecho de todos los obstáculos.

Detallemos ya algunos de estos factores externos que dificultan la fe en Dios y por tanto la educación en la fe.

1. **La civilización actual, basada en la racionalidad técnico-científica.** Ésta sería la cultura del hombre moderno occidental de hoy. Al respecto me gustaría hacer una primera y previa observación. A veces culpamos a la civilización actual de muchos de nuestros males, olvidando que tiene también sus cosas buenas, o sea, una serie de valores positivos próximos a los valores evangélicos: mayor nivel cultural, más conciencia de libertad y de la

dignidad del hombre, sensibilidad social, búsqueda de la paz y la justicia... Pero esta civilización actual tiene también una sobrecarga de apego a la tierra (como dice el Concilio Vaticano II en *Gaudium et spes*, 19). Este apego a la tierra tiene su causa en la revolución científica y el progreso técnico (*Gaudium et spes*, 5), lo que ha dado lugar a la mentalidad empírica y pragmática. Esta mentalidad hace, por una parte, que el hombre sólo acepte las experiencias más inmediatas y, por otra, que piense que puede bastarse solo: «el sentido de poder que el progreso técnico da al hombre puede favorecer» la doctrina de que «Dios es completamente superfluo» (*Gaudium et spes*, 20; cf. n. 33).

El progreso y la técnica han transformado nuestra visión del mundo. Observamos la realidad en función de su utilidad inmediata. El mundo, las cosas y, con demasiada frecuencia también las personas, valen en la medida que sirven y en la medida que nos enriquecen. Si nosotros transmitimos, quizás no tanto con nuestras palabras, sino con nuestra manera de comportarnos, esta idea a nuestros hijos, les estamos incapacitando para entender lo verdaderamente valioso, los valores evangélicos: la vida no se encuentra en el dinero, en la mercancía, en lo que se puede comprar, en lo eficaz, en lo rentable, sino en la reciprocidad, en el don de la vida, en la gratuidad. Quien quiera hablar de Dios debe antes preparar el terreno. Si nosotros ponemos la confianza en el cálculo, en la previsión, en los «seguros», en una buena administración, ¿cómo hacer comprender a nuestros hijos el sentido de la sorpresa, de lo imprevisible, de la confianza en el porvenir, de la confianza en la Providencia, en Dios? Lo providencial hoy ha desaparecido. Pero Dios no tiene que ver con el cálculo. La angustia nos lleva a calcular. El cálculo es fruto de la angustia.

2. **El desencanto del progreso.** No sé si por suerte o por desgracia, pero el hecho es que muchos jóvenes de hoy se han dado cuenta de que el progreso y la técnica no dan la felicidad. Viven desencantados, frustrados, decepcionados ante las falsas promesas del progreso. Este desencanto ha dado lugar a una nueva situación espiritual que podríamos caracterizar por estos rasgos.

– *La intrascendencia:* se trata de la convicción, asumida como una verdadera evidencia, de que lo real se identifica con lo que es objeto de una posible experiencia; lo valioso, con lo que procura beneficios; lo bueno con lo que aumenta las propias posibilidades de placer. Las realidades trascendentes pierden posibilidad de ser admitidas como válidas y son declaradas insignificantes, carentes de interés y valor. La cultura de la intrascendencia ata al

hombre al aquí y ahora, le aferra a lo dado en cada instante, le instala en la finitud y a acomodar sus proyectos a la medida de sus deseos inmediatos.

– *La trivialidad*: la cultura de la trivialidad –en los libros, en el arte, en la música, en la televisión– se opone directamente al misterio; y contradice, en su raíz, un firme anhelo de la condición humana. Con la cultura de la trivialidad todo parece explícito, falto de sentido oculto; todo tiende a ser *obsceno*, a ponerse en escena. No hay reservas en los *reality shows* pero tampoco ha de haber secretos en la política, ni en la esfera de la sexualidad (pornográfica) ni en la escritura del *best-seller* propicio para ser consumido sin conmoción interior. En la cultura de la trivialidad todo busca ser explícito, fácil, intrascendente. Esta cultura no remite a enigma ni más allá alguno. Sólo expende vulgarizaciones de lo real.

– *El divertimento*: que hace que uno se olvide de sí mismo, se pregunte por sí mismo. Las discotecas están preparadas para que no se pueda hablar y menos pensar. Miedo a recogerse, a adentrarse en uno mismo.

– *Sustitución del ser por el tener*: basta pensar en la enorme cantidad de objetos puestos a nuestra disposición, en la multiplicación artificial de las necesidades. Se trata de producir y consumir. El hombre se convierte en ser posesivo y se degrada a cosa ordenada a satisfacer necesidades, que supuestamente colmarían su vacío. El evangelio denuncia el peligro de las riquezas.

– *Individualismo hedonista y narcisista*: obtención de las mayores dosis de satisfacción, búsqueda de emociones, falta de compromisos estables.

– *Del pluralismo al relativismo y a la indiferencia*: en los tiempos premodernos se pensaba que todo estaba programado y predeterminado: la forma de vivir, de casarse, de morir y, por tanto, de practicar la religión. Todo lo que se apartaba de las costumbres establecidas cuestionaba en realidad un tipo de sociedad. La vida moderna, al contrario, cultiva la diferencia, la pluralidad de formas. Ya no hay una visión única del mundo, la cristiana, que se imponga a las demás. El mundo es un escaparate en el que se exponen diversas ideologías para que cada uno elija la que más le acomode. Esta multitud de posibilidades relativiza las propias opciones. Más aún, para quien está marcado por esta mentalidad (y todos lo estamos), la posibilidad de una orientación distinta para su vida forma parte de la estructura de su personalidad. Parece como si todo valiera o, en todo caso, como si algo bueno estuviera en todas partes. De ahí la pregunta: ¿qué más da ser cristiano o no serlo? El hombre de hoy piensa espontáneamente en términos de pluralismo y sabe que nadie tiene el monopolio de la verdad. Noto que el peligro no es el pluralismo, sino el relativismo y la indiferencia: todo da igual; nada tiene importancia.

Transmitir la fe en una cultura posmoderna

Es necesario encontrar una respuesta a estos rasgos de la cultura posmoderna, encontrar un punto de diálogo. Fundamentalmente me parece que cabría adoptar estas actitudes:

1. **Encontrar un punto de encuentro.** Algunos rasgos de la situación espiritual actual parecen manifestar la necesidad que tiene el ser humano de ser saciado. El hombre de hoy parece vivir permanentemente insatisfecho, siempre ávido de nuevas cosas. ¿No cabría ver en este permanente deseo nunca colmado un deseo de Dios? El hombre tiene un profundo vacío interior que no es fácil de llenar. De ahí el éxito de las sectas o de nuevas formas de religiosidad de tendencia fundamentalista. Todo esto es interesante, pero plantea también problemas, pues muchas formas modernas de religiosidad están despojadas de componentes dogmáticos e institucionales y, lo que es más grave, no desembocan en un encuentro con el Dios vivo. El test de una buena religiosidad es si se reafirman nuestras tendencias egoístas o nos abre al otro, al hermano.

2. **Reconocer lo valioso de la situación actual.** Lo valioso del individualismo y del hedonismo por ejemplo: pertenencia por elección personal y no por nacimiento, participación corresponsable en la pertenencia a la institución, personalización de la asunción de las creencias y las normas. Valoración positiva del placer, evitar la represión, reconciliarse con el deseo. Humanizar la sexualidad: es expresión de entrega. La sexualidad encuentra su pleno sentido en el amor.

3. **Presentar experiencias de contraste con las convicciones del hombre de hoy.** Por ejemplo: Nuestra cultura (si a eso se le puede llamar cultura) acentúa por un lado el imaginario del éxito y del poder y, por otro, el vivir y agotar a tope la vida. Para muchos el único objetivo parece ser el gozar. Todo esto nos encierra en nosotros mismos y conlleva una insensibilidad ante experiencias que me sacan de mí mismo y un descuido respecto al sufrimiento de los alejados. La experiencia de Dios, por el contrario, se apoya en experiencias que nos hacen salir de nosotros mismos.

Ante la experiencia del ensimismamiento, la de mirar solo para sí, deberíamos ofrecer la experiencia del éxodo, del que sale de sí, con lo que implica de desasimimiento, desposesión. El éxodo une la máxima exterioridad (Dios, los otros) y la máxima interioridad (porque eso de fuera es lo que me constituye a mí). El terreno para hablar de Dios sería, por tanto, el terreno inter-

humano, el éxodo. Desde este terreno podemos encontrar palabras nuevas para hablar de Dios. Podríamos aprender de la poesía, capaz de dar vida nueva a palabras de siempre.

La experiencia de Dios en nuestra cultura tomaría la forma de una experiencia de contraste, de un adentrarnos por caminos diferentes. Esto también tiene que ver con el éxodo, con la salida de sí. Frente a la experiencia opresora de lo rentable, de la mercancía, nosotros creemos en un Dios absolutamente gratuito: crea el mundo y nos ama porque sí. Con él no se trata de un yo te doy porque tú me das o para que tú me des.

La experiencia de la paternidad de Dios, por ejemplo, contrastaría con el hecho negativo de que todos somos intercambiables. Para Dios todos somos insustituibles. En la cultura mercantil en que nos movemos, todos somos sustituibles, porque en el fondo no pintamos nada. No soy nada. La experiencia de Dios es la de alguien que me llama por mi nombre y hace que mi vida sea única e irremplazable.

Hemos hablado de cultura del control y de la previsión. Como contraste tenemos la experiencia de mucha gente que vive desamparada. Desde ahí es posible entender que Dios es casa, amparo, cobijo, compañía. La ternura de Dios.

La experiencia de la fraternidad es otra de las que conviene recuperar para poder hablar de Dios. Dios genera fraternidad, hace que me sienta vulnerable por los débiles de este mundo.

La libertad es otra experiencia a la que son muy sensibles los jóvenes de hoy. Pero el problema posmoderno es tanto el de mi libertad cuanto el de la solidaridad con todos y, ante todo, con aquellos hombres y mujeres oprimidos y privados de libertad. La preocupación por el bien de los demás puede convertirse en el mejor camino para el encuentro con el Dios vivo, si no conscientemente, al menos realmente (cf. Mt 25, 31 ss.).

Dificultades internas del testimonio

PARA hablar de Dios hay que tener en cuenta a la vez los factores externos de los que ya hemos tratado y la naturaleza «totalmente extraña» de la realidad que llamamos Dios. A veces los creyentes olvidamos dos cosas muy importantes a propósito de Dios, dos cosas que condicionan nuestro testimonio y por tanto la transmisión de la fe. Una, que Dios no es una evidencia. Otra, que cuando hablamos de Dios siempre hablamos mal o, por lo menos, incorrecta e insuficientemente. Desde este punto de vista, y llevada la cosa al extremo, el problema más

serio con el que hoy nos enfrentamos no es el de si Dios existe o no, sino el de saber qué queremos decir cuando decimos Dios. Frecuentemente la negación de la existencia de Dios se debe a una concepción falsa y hasta repulsiva de Dios. El problema es lo que los creyentes damos a entender cuando pronunciamos el nombre de Dios.

En los ambientes religiosos la existencia de Dios parece algo evidente. Sin embargo, si leemos con atención la Biblia, la cosa ya no parece tan clara: Dios habita en una luz inaccesible a la que no ha llegado nunca ni puede llegar ningún ser humano (1 Tim 6, 16). Recordemos también esta famosa expresión del Antiguo Testamento: Ver a Dios es morir, o sea, a Dios no se le puede ver en las condiciones de este mundo. Cuando Moisés le pide a Dios que le muestre su rostro, Dios le responde: Mi rostro no lo puedes ver, porque no puede verme el hombre y quedar con vida (Ex 33, 20).

A Dios no se le puede señalar con el dedo. Nunca es algo señalable ni evidente. Es siempre un Misterio inaccesible. Y cuando Dios se da a conocer, lo hace de forma humana. En Jesucristo, por ejemplo, no aparece Dios, sino un hombre, un judío, el hijo de José. Por eso es posible negarle, acusarle de impostar y crucificarle. La fe nunca es una evidencia. No puede, por tanto, imponerse. Además, hablamos de algo que desborda toda expectativa. Es lógico, por tanto, que algunos no lo entiendan, que las cosas nunca estén claras, que siempre surjan preguntas o incluso dudas.

Por otra parte, está el problema del lenguaje con el que hablamos de él. Dejemos de lado las malas imágenes que a veces ofrecemos. Notemos que, por mucho que digamos y por muy bien que lo digamos, siempre nos quedamos cortos. Todos los conceptos que utilizamos para referirnos a Dios sólo son adecuados para hablar de cosas no divinas, de cosas mundanas. Dios no es una cosa mundana, pero nuestros conceptos para hablar de Dios son humanos.

De todo esto se deduce una consecuencia importante de cara a la catequesis y a la trasmisión de la fe. Lo que hace creíble nuestro discurso no es su mayor o menor elocuencia, ni siquiera su mayor o menor precisión desde el punto de vista ortodoxo, sino la manera como funciona en la práctica la representación concreta de lo divino. No es posible aislar el funcionamiento social de la fe de su representación teológica. Pues no se trata únicamente de las buenas intenciones religiosas, sino de las consecuencias visibles de la fe a nivel de nuestra historia. De ahí una pregunta decisiva: ¿a quién aprovechan o perjudican estas representaciones de Dios que yo estoy ofreciendo?

En Jesús de Nazaret tenemos un ejemplo claro de eso que estoy diciendo. Jesús chocó con las autoridades judías no a propósito de la fe en Dios, sino de cómo funcionaba esa fe en relación con los pobres (cf., por ejemplo,

Lc 11, 39-45). Lo que está en juego en la cuestión de Dios es la salvación del ser humano. Si no, se trata de una imagen idolátrica que debe ser desechada. La manera como funciona concretamente, a nivel social, la interrelación entre Dios, el hombre y el mundo, forma parte de la fe en Dios y es el criterio para saber si nuestra fe es auténtica o falsa. El abuso de poder, utilizando el nombre de Dios, es uno de los factores más importantes que dificultan el creer hoy. No hace falta recordar los múltiples abusos que se han cometido y se cometen en nombre de Dios. En nuestra transmisión de la fe debemos denunciar esos abusos y dejar claro que la fe en Dios implica siempre el bienestar, la felicidad y la justicia para todos los seres humanos.

Importancia de las mediaciones humanas en toda catequesis

ES importante notar, por último, que Dios no actúa al margen de los hombres. Y en primer lugar, en esta cuestión de la trasmisión de la fe, al margen de los padres. De ahí la importancia de un testimonio claro, convencido y convincente. Los niños no hacen lo que les decimos. Hacen y aprenden a hacer lo que ven. Por eso una fe coherente por parte nuestra es la primera condición de una buena trasmisión de la fe.

También es importante la preparación de los padres. La fe es un don de Dios. Pero Dios no actúa mecánicamente. No hace magia. Se sirve de nuestra inteligencia, de nuestra sensibilidad, de nuestras cualidades y, por tanto, de nuestra preparación. La Escritura nos recomienda el estar preparados (1 Pe 3, 15). Y el Vaticano II nos advierte de que «en la génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina... han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión» (*Gaudium et spes*, 19). El remedio de tales causas está en «el testimonio de una fe viva y adulta, educada para poder percibir con lucidez las dificultades y poderlas vencer» (*Gaudium et spes*, 21). De ahí la importancia de terminar estas reflexiones con una palabra de estímulo y aliento para todos los padres de familia. Nos enfrentamos a un asunto que nos interesa a todos. Nos interesa sobre todo porque está en juego lo mejor que podemos dejar a nuestros hijos. No podemos ni evadirnos de esta responsabilidad ni dejar este asunto a la improvisación. Cada vez somos más conscientes de la importancia de la formación permanente a nivel profesional. ¡Cuánto más importante no será esta formación para educar para la vida y para la vida de fe!